



CAPÍTULO IX

Opresion de los madianitas.—Aparicion del ángel del Señor á Gedeon.—Destruye Gedeon el altar de Baal.—Pruebas de sumision.—Reduccion sucesiva del ejército israelita.—Gedeon en el campamento enemigo.—Sueño de un soldado madianita.—Orden para el combate.—Derrota de los madianitas.—Susceptibilidad de los efraimitas.—Toma y muerte de los jefes madianitas.—Los ancianos de Succoth castigados por haber negado socorros á Gedeon.—Desinterés de Gedeon.—Su muerte.—Sanchoniathon.—Abimelec, fraticida y rey de Siquem.—Una palabra sobre los primeros reyes.—Apólogo de Joatham.—Sublevacion contra Abimelec.—Destruccion de Siquem y de su torre.—Muerte de Abimelec.—Judicatura de Thola y de Jair.—Maravilla de su gobierno.—Opresion de los ammonitas y de los filisteos.—Arrepentimiento del pueblo.

Después de los años de reposo que Dios había dado á los israelitas por mediacion de Aod, Samgar, Débora y Barac pecaron de nuevo delante del Señor, quien les abandonó por espacio de siete años en manos de los madianitas. Y fueron en gran manera oprimidos por ellos. Y se hicieron grutas y cavernas en los montes y lugares muy fuertes para resistir. Hay en la Judea cavernas en las que pueden albergarse millares de personas. Y cuando los israelitas habian sembrado, subian los madianitas y los moabitas y las otras naciones del Oriente; y plantando las tiendas cerca de ellos, lo talaban todo, hasta la entrada de Gaza; y no dejaban á los israelitas nada de lo que es necesario para la vida: ni ovejas, ni bueyes, ni asnos. Venian con todos sus ganados y tiendas, y á manera de langostas lo cubrian todo con multitud innumerable de hombres y de camellos, desolando cuanto tocaban. E Israel fué en extremo humillado á la presencia de Madian. Y clamó al Señor pidiéndole socorro contra los madianitas. Y el Señor les envió un varon profeta, el cual les dijo: «Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo os hice subir de Egipto, y os saqué de la casa de la esclavitud, y os libré del poder de los egipcios y de todos los enemigos que os maltrataban; y los eché cuando entrásteis, y os entregué su tierra. Y dije: Yo soy el Señor Dios vuestro, no temáis á los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitais. Y no quisisteis oír mi voz.»

Vino, pues, el ángel del Señor, y sentóse debajo de la encina que habia en Efra, y pertenecia á Joás, padre de la familia de Ezri. Y como Gedeon, su hijo, sacudiese y limpiase el grano en el lagar para esconderlo de los madianitas, apareciósele el ángel del Señor, y dijo: «El Señor es contigo, ¡oh el más fuerte de los hombres!» Y díjole Gedeon: «Por vida vuestra, señor mio, si el Señor es con nosotros, ¿cómo es que nos han alcanzado todos estos males? ¿Dónde están aquellas sus maravillas que nos cantaron nuestros padres, diciendo: El Señor nos sacó de Egipto? Mas ahora el Señor nos ha desamparado y entregado en poder de Madian.» Y miróle el Señor, y díjole: «Ve con esa tu fortaleza y librarás á Israel del poder de Madian: sabe que yo soy el que te envío.» El respondió y dijo: «¿Cómo, te ruego me digas, señor mio, podré yo librar á Israel? Mira que mi familia es la infima de Manassés, y yo el menor en la casa de mi padre.» Y díjole el Señor: «Yo seré contigo, y derrotarás á Madian como si fuera un solo hombre.» Y él: «Si he hallado gracia, replicó, delante de tí, dame una señal de que eres tú el que hablas conmigo. Y no te retires de aquí hasta tanto que vuelva á tí y traiga un sacrificio y te lo ofrezca.» Y aquel respondió: «Yo esperaré hasta que vuelvas.» Entróse, pues, Gedeon, y coció un cabrito, y de un medio de harina hizo panes ácidos; y poniendo la carne en un canastillo y echando en una olla el caldo de la carne, llevólo todo debajo de

la encina, y se lo presentó. Díjole el ángel del Señor: «Toma la carne y los panes ácidos, y pónlo sobre aquella piedra, y derrama encima el caldo.» Y habiéndolo hecho así, extendió el ángel del Señor la punta del báculo, que tenia en la mano, y tocó la carne y los panes ácidos; y salió fuego de la piedra y consumió la carne y los panes ácidos; y el ángel del Señor desapareció de sus ojos. Y viendo Gedeon que era un ángel del Señor, dijo: «¡Ay de mí, Señor Dios, que he visto al ángel del Señor cara á cara!» Y díjole el Señor: «Paz sea contigo; no temas, no morirás.» Edificó, pues, allí Gedeon un altar al Señor, y llamóle la Paz del Señor, como se llama hasta este día.

Y estando aún en Efra, que pertenece á la familia de Ezri, díjole el Señor aquella noche: «Toma un toro de la casa de tu padre, y otro de siete años, y destruirás el altar de Baal, que es de tu padre, y corta el bosque que está al contorno del altar. Y edificarás un altar al Señor Dios tuyo en lo alto de esta piedra, sobre la que pusiste antes el sacrificio; y tomarás el segundo toro, y lo ofrecerás en holocausto sobre un haz de la leña que habrás cortado del bosque.» Gedeon, pues, habiendo tomado consigo diez de sus siervos, hizo lo que el Señor le había mandado. Mas por temor de la familia de su padre y de los hombres de aquella ciudad, no lo quiso hacer de día, sino que lo ejecutó todo de noche. Y á la mañana, habiéndose levantado los hombres de aquel pueblo, vieron destruido el altar de Baal y cortado el bosque, y el otro toro puesto sobre el altar que acababa de ser erigido. Y se dijeron los unos á los otros: «¿Quién ha hecho esto?» Y como hiciesen pesquisa del autor de tal hecho, se les dijo: «Gedeon, hijo de Joás, ha hecho todo esto.» Y dijeron á Joás: «Sácanos aquí tu hijo para que muera, porque ha destruido el altar de Baal y cortado el bosque.» A los cuales él respondió: «¿Acaso sois vengadores de Baal para combatir por él?» «El que fuere enemigo suyo muera antes que venga la luz de la mañana; si él es Dios, vénguese del que ha derribado su altar.» Desde aquel día en adelante Gedeon fué llamado Jerobaal (*se venga Baal*), por haber dicho Joás: «Vénguese Baal de aquel que ha derribado su altar.»

Juntáronse, pues, á una todos los madianitas y amalecitas y los pueblos de Oriente, y pasando el Jordan, acamparon en el valle de Israel. Mas el espíritu del Señor inspiró á Gedeon, el cual, tocando la trompeta, convocó la casa de Abiezer para que lo siguiese. Y envió mensajeros á Manassés, que tambien le siguió, y otros mensajeros á Aser, y á Zabulon, y á Neftalí, que le salieron al encuentro. Y dijo Gedeon á Dios: «Si has de salvar á Israel por mi mano, como lo has dicho, pondré este vellocino de lana en la era; si el rocío cayere en solo el vellocino, y toda la tierra quedare seca, sabré que salvarás á Israel por mi mano, como has dicho.» Y así sucedió. Y levantándose antes de amanecer, exprimió el vellocino y llenó una taza de rocío. Y dijo de nuevo á Dios: «No se encienda tu furor contra mí si aún probare otra vez pidiendo una señal en el vellocino. Ruégote que sólo el vellocino quede seco, y toda la tierra mojada del rocío.» Y el Señor lo hizo aquella noche como lo había pedido, y sólo en el vellocino hubo sequedad y rocío en toda la tierra (1). Jerobaal, que tambien se llama Gedeon, levantándose de noche, vino acompañado de todo el pueblo á la fuente llamada Harad. Y el campamento de los madianitas estaba en el valle á la parte septentrional de un collado alto; y dijo el Señor á Gedeon: «Mucho pueblo hay contigo. Madian no será entregado en sus manos, porque no se glorie contra mí Israel y diga: Por mis fuerzas me libré. Habla al pueblo y haz pregonar de manera que lo oigan todos: El que sea medroso y cobarde, vuélvase. Y se retiraron del monte Galaad y se volvieron veintidos mil hombres del pueblo, y sólo quedaron diez mil. Y dijo el Señor á Gedeon: «Aún hay mucho pueblo; lléalos á las aguas y allí los probaré, y el que yo te dijere que vaya contigo, ese ha de ir, y al que le vedare ir, vuélvase. Y habiendo descendido el pueblo á las aguas, dijo el Señor á Gedeon: «Pondrás á un lado los que lamieran el agua con la lengua como suelen hacer los perros, y los que doblaren la rodilla para beber estarán en otra parte.» Y fué el número de

(1) Jueces, 7, 1-8.



los que habían lamido el agua, echándola con la mano en la boca, trescientos hombres; todo el resto de gente había doblado la rodilla para beber. Y dijo el Señor á Gedeon: «Con los trescientos hombres que han lamido el agua os libraré y pondré en tu mano á Madian; mas toda la otra gente vuélvase á su lugar.»

Y habiendo tomado víveres y trompetas á proporcion del número, mandó que todo el resto de la multitud se fuese á sus tiendas, y él, con sus trescientos hombres, se dispuso al combate. El campamento, pues, de Madian estaba abajo en el valle (1).

Aquella misma noche le dijo el Señor: «Levántate y descende al campamento, porque los he entregado en tu mano. Y si tienes miedo de ir solo, descienda contigo Fara, tu criado. Y en oyendo lo que hablan, entonces se confortarán tus manos y descenderás con más seguridad sobre el campamento de los enemigos.» Descendió, pues, él y Fara, su criado hácia la parte del campamento donde estaban los centinelas del ejército. Y los madianitas, y amalecitas, y todos los pueblos de Oriente, estaban extendidos en el valle como una multitud de langostas; sus camellos eran asimismo innumerables como la arena que está en la playa del mar. Y habiendo llegado Gedeon, uno de aquellos contaba á su inmediato un sueño, y le refería lo que había visto de esta manera: «He visto un sueño, y me parecía como que un pan de cebada, cocido debajo del rescoldo, se rodaba é iba á caer sobre el campamento de Madian, y que habiendo llegado á una tienda, la sacudió y trastornó y echó enteramente por tierra.» Respondióle aquel á quien lo contaba: «Esto no significa otra cosa sino la espada de Gedeon, hijo de Joás, varon israelita, porque el Señor ha puesto en su poder á Madian y á todo su campamento.» Y cuando Gedeon oyó el sueño y su interpretación, adoró al Señor y volvió al campamento de Israel, y dijo: «Levántaos, que el Señor ha puesto el campamento de Madian en nuestras manos (2).»

Y repartió los trescientos hombres en tres

(1) Jueces, VI, 33-40.

(2) Ibid., VII, 9-15.

partes, y puso en manos de cada uno una trompeta y un cántaro vacío, y una luz en medio de cada cántaro. Y les dijo: «Lo que me viéreis hacer, hacedlo vosotros; yo entraré por un lado del campamento, é imitad lo que yo hiciere. Cuando sonare la trompeta que tengo en mi mano, hacedla sonar también vosotros al rededor del campamento, y gritad todos á una: Al Señor y á Gedeon.» Y entró Gedeon y los trescientos hombres que estaban con él por un lado del campamento cuando comenzaba la vela de la media noche, y despertando los centinelas, comenzaron á tocar las trompetas y á quebrar unos cántaros con otros. Y tocando en tres lugares distintos al rededor del campamento, luego que quebraron los cántaros, tomaron las luces en la mano izquierda y tocando las trompetas con la derecha, gritaron: «La espada del Señor y de Gedeon,» estándose quieto cada uno en su puesto al rededor del campamento enemigo. Con esto, todo el campamento se llenó de confusión, y dando gritos y aullidos huyeron; mas no por eso los trescientos hombres dejaron de continuar tocando las trompetas. Y el Señor hizo que tirasen de la espada en todo el campo y se mataban unos á otros, huyendo hasta Bethsetta y hasta los confines de Abelmehula, en Tebbath. Mas los hombres de Israel, de las tribus de Nefthali, y de Aser, y de todo Manassés, gritando á una, persiguieron á los madianitas. Y envió Gedeon mensajeros á todo el monte de Efraim, diciendo: «Bajad al encuentro de Madian y ocupad las aguas hasta Bethbera y lo largo del Jordán. Y todo Efraim alzó el grito y se adelantó á tomar las aguas y el Jordán hasta Bethbera. Y habiendo apresado á dos varones madianitas, Oreb y Zeb, mataron á Oreb en la peña de Oreb, y á Zeb en el lagar de Zeb. Y persiguieron á Madian, llevando las cabezas de Oreb y de Zeb á Gedeon, al otro lado del río Jordán (1).»

Por más que lograron derrotar con tanta prontitud al enemigo, los efraimitas se mostraron algo resentidos despues de la victoria, porque no se les había llamado, y dijeron á Gedeon: «¿Qué es esto que has intentado hacer, de no llamarnos cuando ibas á combatir con-

(1) Jueces, cap. VII, 16-25.



tra Madian?» querellándose y faltando poco para llegar á las manos. A los cuales él respondió: «¿Cómo podía yo hacer una cosa que igualara á la que vosotros habeis hecho? ¿Pues no vale más un racimo de Efraim que las vendimias de Abiezer (este era el nombre de la familia de Gedeon)? El Señor puso en vuestras manos los príncipes de Madian, Oreb y Zeb: ¿qué cosa puedo yo hacer igual á la que vosotros habeis hecho?» Y hablando esto, calmó la ira de ellos, que se había enardecido contra él (1).

Y viniendo Gedeon al Jordán, le pasó con los trescientos hombres que tenía consigo, y que por el cansancio no podían perseguir á los que huían. Y dijo á los vecinos de Soccoth: «Dadme, os ruego, pan para la gente que está conmigo, pues se halla muy desfallecida, para que podamos perseguir á Zebee y Salmana, reyes de Madian.» Respondieron los príncipes de Soccoth: «Pues qué, ¿tienes ya en tu poder las palmas de las manos de Zebee y de Salmana, para pedirnos que demos pan á tu ejército?» A los cuales él dijo: «Pues cuando el Señor pusiere en mis manos á Zebee y á Salmana, yo trillaré vuestras carnes con las espinas y abrojos del desierto.» Y partiendo de aquel lugar, llegó á Fanuel, y habló á los hombres de aquel lugar las mismas palabras. Y ellos le respondieron como habían respondido los vecinos de Soccoth. Dijoles también á estos: «Cuando volviere vencedor, en paz, destruiré esta torre (2).»

Y Zebee y Salmana estaban esperando con toda su gente, porque habían quedado quince mil hombres de todas las tropas de los pueblos de Oriente. Y subiendo Gedeon por el camino de aquellos, que moraban en tiendas á la parte oriental de Nobé y Jegbaa, derrotó el campamento de los enemigos, que estaban descuidados y no sospechaban cosa alguna adversa. Y Zebee y Salmana huyeron; más siguiendo Gedeon su alcance, los prendió, despues de haber puesto en desorden su ejército. Y volviendo del combate antes de salir el sol, echó la mano á un mozo de los hombres de Soccoth, y preguntó los nombres de los príncipes y ancianos de Soccoth,

(1) Juec., VIII, 1-3.

(2) Ibid., VIII, 4-9.

y anotó setenta y siete personas. Y entró en Soccoth, y dijoles: «Aquí teneis á Zebee y á Salmana, sobre los cuales me zaheristeis, diciendo: ¿Acaso están en tu poder las manos de Zebee y de Salmana, para pedirnos que demos pan á tus gentes, que están cansadas y han desfallecido?» Tomó, pues, los ancianos de la ciudad, y con espinas y abrojos del desierto trilló y desmenuzó á aquellos varones de Soccoth. Derribó también la torre de Fanuel, despues de haber pasado á cuchillo á los moradores de la ciudad. Y dijo á Zebee y á Salmana: «¿Cómo eran los hombres que matásteis en el Thabor?» Ellos le respondieron: «Parecidos á tí, y uno de ellos así como hijo de un rey.» Y él les replicó: «Hermanos míos fueron, hijos de mi madre. Vive el Señor, que si los hubiérais guardado con vida, no os matara.» Y dijo á Jether, su primogénito: «Levántate y mátalos.» El cual no sacó la espada; porque tenía miedo, por ser todavía muchacho.» Y dijeron Zebee y Salmana: «Levántate tú y danos el golpe, porque á proporcion de la edad es la fuerza del hombre.» Levantóse Gedeon, y mató á Zebee y á Salmana; y tomó los adornos y lunetas que suelen ponerse por guarnición en los cuellos de los camellos de los reyes (1).

Y dijeron todos los varones de Israel á Gedeon: «Sé tú nuestro príncipe, y tu hijo y tu nieto, porque nos has librado del poder de Madian.» A lo que él respondió: «No seré vuestro príncipe, ni tampoco lo será mi hijo, sino que será el Señor el que mandará sobre nosotros.» Y dijoles: «Una sola cosa os pido: dadme los zarcillos de vuestro despojo (así es como este héroe, ya grande por su victoria, se engrandeció mucho más rehusando la corona, y rehusándola por el celo de la gloria de Jehová el Dios de Israel), pues los israelitas acostumbraban á llevar zarcillos de oro.» Con ellos mandó hacer un ephod en Efra, probablemente para que fuera un recuerdo de la gloriosa victoria que el Señor le había concedido; quizás también como elocuente testimonio del sacerdocio extraordinario que Dios le había conferido tem-

(1) Jueces, VIII, 10-21.



poralmente cuando le mandó erigir un altar, y allí inmolar un buey en holocausto.

Pero despues de su muerte, el pueblo dió á aquel monumento un culto supersticioso, segun hizo más tarde con la serpiente de bronce. Esto fué una desgracia para Gedeon y toda su familia. Sin embargo, durante el tiempo de la vida de Gedeon, á saber, cuarenta años, la tierra estuvo en reposo. Continuó habitando la casa de su padre, y tuvo varias mujeres, y de ellas setenta hijos. Y murió Gedeon en buena vejez, y fué sepultado en el sepulcro de Joás, su padre, en Efra (1).

Algunos autores colocan por esta misma época á un autor fenicio, llamado Sanchoniathon, que seria así el más antiguo despues de Moisés y Josué. Se fundan en lo que de él dice Porfirio, de haber referido, por lo que hace á los judíos, muchas cosas muy verdaderas, por haberlas aprendido de un personaje llamado Jerombaál, sacerdote del dios Jevo, ó más bien, memorias de este sacerdote. Este dios Jevo no puede ser otro que Jehová. Jerombaál es Gedeon, llamado comunmente Jerobaál en la Escritura. Como habia levantado un altar á Jehová y tambien ofrecido sacrificios, podia pasar por ser él el sacerdote. Pero Porfirio es una garantía de escaso mérito. Apóstata del cristianismo, y entregado despues á todas las ilusiones de la filosofía teúrgica, sus libros están llenos de fábulas. Lo que dice Sanchoniathon en el siglo III de la era cristiana, más de quince siglos despues de la muerte de Gedeon, no tiene otro fundamento más que haberlo él dicho. Además, la época que él señala en aquel pasaje, la contradice despues en otros. Lo mismo sucede con lo que dice de él Eusebio, segun autoridad de Porfirio. Estas contradictorias afirmaciones, que no estriban en hechos anteriores ni en ningun precedente, han hecho dudar á muchos sábios de la personalidad real de Sanchoniathon. Hoy ya parece que se tiene por cosa corriente la existencia de este personaje; pero no hay conformidad respecto á la época en que vivió. En cuanto á las obras que se le atribuyen, no hay sino un fragmento, traducido del

(1) Jueces, cap. VIII, vers. 22-32.

fenicio al griego, y aumentado por Philon de Byblos, gramático griego del segundo siglo, y nuevamente aumentado por Eusebio. Tampoco los sábios están muy acordes en reconocer la autenticidad de este fragmento, pues muchos la niegan, lo mismo que sobre las interpolaciones hechas por los dos escritores griegos, y sobre todo, sobre el sentido que debe darse á aquella mezcla. Sin embargo, esto es todo lo que hay de literatura fenicia (1).

Despues de la muerte de Gedeon, se rebelaron los hijos de Israel y cayeron en la idolatría de Baal, é hicieron alianza con él, para que fuera su dios. Y no se acordaron del Señor su Dios, que los sacó de las manos de todos sus enemigos, de que estaban cercados. Ni tuvieron misericordia con la casa de Jerobaál ó Gedeon, conforme á todos los bienes que habia hecho á Israel (2).

Y fuése Abimelec, hijo de Jerobaál, á Sichein á los hermanos de su madre, y habló con ellos y con toda la parentela de la casa del padre de su madre, diciendo: «Decid á todos los hombres de Sichein: ¿Qué es mejor para vosotros, que os dominen setenta hombres, todos hijos de Jerobaál, ó que un solo hombre sea vuestro Señor? Y asimismo considerad que soy hueso vuestro y carne vuestra.» Y hablaron á favor de él los hermanos de su madre todas estas razones á todos los hombres de Sichein, é inclinaron su corazón tras Abimelec, diciendo: «Hermano nuestro es.» Y diéronle setenta siclos de plata del templo de Baalberith, con los cuales tomó á sueldo una tropa de gente mendiga y vagabunda, que le siguió (3).

Baal, significa señor, maestro, jefe; Berith, significa alianza. En el Génesis, los tres aliados de Abraham, Mambré, Aner y Escol, se les llama Baal-Berith, por sus confederados. Aquí esta palabra se aplica al falso dios que presidia las alianzas y los tratados, principalmente los que celebraban los israelitas con los cananeos. Y pasó á la casa de su padre en Efra, y degolló

(1) Eusebio, *Preparatio evangelii.*, lib. I, cap. X; *Memoria de la Academia de las Inscripciones*, t. VI, en 4.º, págs. 518 y 519, etc.

(2) Jueces, cap. VIII, v. 33-35.

(3) Jueces, cap. IX, v. 1-4.



á sus hermanos, los hijos de Jerobaál, setenta varones, sobre una misma piedra; y sólo quedó Joatham, hijo de Jerobaál, el más pequeño, que fué escondido. Y se congregaron todos los varones de Sichein y todas las familias de la ciudad de Mello; y fueron y alzaron por rey á Abimelec, junto á la encina que estaba en Sichein (1).

Tal fué el primer rey de Israel. Por los manejos, que hoy llamaríamos su política, se capta las simpatías de un partido; con el dinero de su culto impio, compra á las gentes miserables, que ni tenían fe ni ley, y renueva el crimen de Cain en aquellos setenta varones; en recompensa, los apóstatas le colocaron sobre el trono. Este modo de ingerir en Israel la autoridad real, recuerda naturalmente á Nemrod, que fué el primer rey del mundo. La Escritura le llama el gran cazador, lo que se entiende comunmente por la astucia y violencia con que sujetaba á sus contemporáneos, tratándolos poco ménos que á bestias.

Un grande y santo papa, Gregorio VII, tuvo razon cuando dijo á un digno obispo de Lorena: «¿Quién ignora que los reyes comenzaron con tal carácter á ejercer su autoridad sobre aquellos que, desconociendo á Dios, quisieron dominar sobre sus iguales los demás hombres, por orgullo y mediante las rapiñas, la perfidia, los homicidios y toda clase de crímenes, á instigacion del diablo, príncipe de este mundo, con un deseo ciego y una presuncion intolerables? (2)» Habla como es consiguiente de la dominacion despótica, que no tiene más regla que su interés y su placer, tal como se la puede suponer en Nemrod, primer asolador de las provincias, tal como se la ve aquí en el indigno hijo de Gedeon. No habla de la autoridad paternal, tan elogiada en los antiguos pastores de los pueblos, Abraham, Isaac y Jacob, que reinaban como verdaderos padres de familia. Estos comenzaron en aquel que fué el primer padre. Por esto tambien se les llama más comunmente á estos, patriarcas, y no reyes.

San Agustín dice: «Habiendo Dios hecho

(1) Jueces, cap. IX, v. 1-6.

(2) Greg. VII, l. 8 epíst. 21.

al hombre razonable y á su imagen, no quiso que él dominase más que sobre las criaturas sin razon, no el hombre sobre el hombre, sino el hombre sobre las bestias. Por esto los primeros justos fueron pastores de rebaños más bien que reyes de hombres, queriéndonos dar á entender Dios con esto lo que pedia el orden de las criaturas y lo que exigía el mérito de los pecados (1).» Así, segun San Agustín, el poder real ó la soberanía considerada, no como autoridad patriarcal, que dirige como un padre á sus hijos, sino por la dominacion de la fuerza, que obliga á los hombres como á rebaños de ovejas (nótese bien la diferencia), no viene originariamente de Dios, sino del orgullo y del pecado y de aquel que es su autor. Es la ambicion de dominar, dice el mismo Padre, despues de haber citado un pasaje análogo de Salustio, que atormenta con grandes males y desprecia al género humano (2).

Abimelec es una prueba de ello. Su jóven hermano lo supo hacer comprender bien á los que le habian hecho rey. Lo cual, cuando llegó á noticia de Joatham, fué y se paró sobre la cumbre del monte de Garizim, y alzando su voz, clamó y dijo: «Oidme, varones de Sichein, así os oiga Dios: fueron los árboles á ungir un rey sobre sí; y dijeron á la oliva: Reina sobre nosotros. La cual respondió: ¿Puedo yo acaso dejar mi grosura de la que usan los dioses

(1) *De civit. Dei*, l. XIX, c. XV, n. 1. *Rationalem factum ad imaginem suam noluit nisi irrationalibus dominari: non hominem homini, sed hominem pecori. Id eo primi justi, pastores pecorum, magis quam reges hominum constituti sunt: ut etiam sic insinuet Deus, quid postulet ordo creaturarum, quid exigit meritum peccatorum.*

(2) *De civit. Dei*, l. III, c. XIV, n. 2. *Libido ista dominandi magnis malis agitati et conterit humanarum genus.*—Algunos criticos nos acusarán quizá, porque hacemos distincion de los buenos y malos reyes, y de haber aplicado á estos las palabras del papa San Gregorio VII y las de San Agustín. Sin embargo de esto, nos creemos con derecho de establecer una diferencia entre el rey Abraham, que hace la guerra por librar á cinco pueblos cautivos, y el indigno hijo de Gedeon, que despues de haber apostatado del verdadero Dios, degüella á sus setenta hermanos para subir al trono y oprimir á sus compatriotas; y no nos parece fuera de propósito citar aquí las palabras de los Santos Padres, y hasta preferir su autoridad á la de algunos criticos contemporáneos.